

Opinión



## La 'carta del Atlántico': la visión del porvenir como recurso para superar un desafío

TRIBUNA

Pensar en la reconstrucción, cuando todavía no se ha superado el choque de la sorpresa, y cuando el fin es incierto, nos habla de cómo utilizar el poder político para liderar la respuesta proyectando una visión del porvenir

**JOSÉ DÍAZ TORIBIO**

Doctor en Paz y Seguridad Internacional

Martes, 7 abril 2020, 03:31



Durante la rápida e inesperada derrota de Francia, en mayo-junio de 1940, se producen los grandes momentos churchillianos bien conocidos. Ya entonces, el premier británico era consciente de que para conseguir el éxito final no era suficiente con activar la moral de victoria y preparar a sus compatriotas para afrontar una larga resistencia. Comprendía que se necesitaba una visión del mundo de posguerra y de los principios que habrían de guiar la reconstrucción, y que ambos elementos eran igualmente fundamentales para guiar la lucha, no sólo en los frentes bélicos, sino también en los ámbitos político y diplomático.

Los primeros tanteos diplomáticos se desplegaron en diferentes direcciones, pero fue Roosevelt quien terminaría por ofrecer la inspiración definitiva para construir esa visión del futuro. Churchill cruzó el océano en un acorazado, el 'Príncipe de Gales', y en un punto cercano a la costa de Terranova, se reunió durante tres días, del 9 al 12 de agosto de 1941, con el mandatario norteamericano a bordo del crucero 'Augusta'.

Al final de la conferencia se firmó una declaración de ocho puntos, que en realidad recoge los principios en los que se fundaría, según palabras literales del documento, «sus esperanzas en un futuro mejor

para el mundo».

El escrito, empapado de profunda filosofía internacionalista wilsoniana, establece el compromiso de respetar la voluntad democrática de los pueblos, de promover el desarrollo del comercio en igualdad de condiciones para todos los países, de fortalecer la colaboración económica entre las naciones, de respetar la libertad de navegación, de defender la paz entre las naciones y de construir un sistema de seguridad colectiva que, entre otras cosas, promueva el desarme.

Churchill regresó a los Estados Unidos entre el 22 de diciembre de 1941 y el 14 de enero del siguiente año. Tomando el núcleo de la declaración de agosto, el 1 de enero de 1942, se firma en la Casablanca la 'Declaración de las Naciones Unidas', a la que se adhieren veintiséis estados. En todas las cumbres aliadas celebradas hasta el final de la guerra, la 'Carta del Atlántico' siempre estuvo presente. En septiembre de 1944, el gobierno soviético, aunque con alguna reserva, anuncia la adhesión a sus principios. En la 'Declaración sobre la Europa Liberada', de febrero de 1945, firmada en el contexto de la Conferencia de Yalta, aparece mencionada expresamente.

Sus principios resuenan claramente en la 'Carta de las Naciones Unidas', del 26 de junio de 1945, en el Tratado de Washington de 1949 (que da lugar a la creación de la OTAN), en otros muchos acuerdos, tratados y compromisos internacionales de posguerra y fueron invocados en muchos de los procesos de descolonización. En la construcción del orden económico que se comenzó a fraguar, incluso antes del final de la contienda, estos mismos principios son su primordial cimiento filosófico. Lo son de los 'Acuerdos de Bretton Woods', julio de 1944, también del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, 1947, de la 'Carta de la Habana', de 1948, etc.

Se podrá alegar que la preeminencia que alcanzaron estos principios de libertad económica y seguridad colectiva fue consecuencia de la victoria de los poderes políticos que los defendieron. Pero no es así exactamente. Pensar en la reconstrucción, cuando todavía no se ha superado el choque de la sorpresa, y cuando el fin es incierto, nos habla de cómo utilizar el poder político para liderar la respuesta proyectando una visión del porvenir. La creciente lista de adhesiones, anteriores incluso a un cambio de la suerte de las armas, nos demuestra que fue vital para aglutinar recursos en torno a una visión del mundo que transmitía muchas más esperanzas que las que ofrecía el bando enemigo. El desarrollo práctico de estos principios en la configuración de un sistema político y económico, tras la final de la guerra, nos habla de la eficacia con que se ejerció este liderazgo constructivo desde los primeros instantes en que un desafío previsto se materializó de forma sorpresiva. Todos los Estados se intentan preparar para no ser sorprendidos por desafíos de carácter estratégico. Pero todos ellos han sufrido, en alguna ocasión, envites inesperados que han puesto a prueba sus energías y su inteligencia.

La sorpresa puede llegar de amenazas no previstas, o de otras que sí se conocen, pero cuyo desarrollo no se puede, o sabe, prever.

Pero la historia también nos muestra ejemplos de países y sociedades que, lejos de ser doblegados por el factor sorpresa, se sobrepusieron a los primeros desastres y evitaron sucumbir con éxito al nuevo desafío declarado o a sus imprevistas manifestaciones.

En estos casos de superación siempre hallamos una sociedad con capacidad de resistencia, carácter para transmitir moral de victoria, capacidad de gestión de una respuesta eficaz y una visión de los principios que han de guiar la reconstrucción.

La visión de un porvenir esperanzador se convierte así en un pilar esencial para no sucumbir a la sorpresa inicial y al desaliento que ésta provoca. Ahora, como entonces, lo necesitamos para no sucumbir al desaliento.

---

**TEMAS** Otan, Estados Unidos

---